





1

LIBRO

de

LOS NIÑOS.

Relinquite infantiam, et vivite, et ambulate per vias prudentiae.

Salomon. *Lib. prov. cap. ix.*

Salid de la infancia, vivid, y caminad por la senda de la prudencia.

Salomon. *Libro de los proverb. cap. ix.*

LIBRO
DE
LOS NIÑOS.

Por

Don Francisco Martinez de la Rosa.



MADRID:
Imprenta de la Compañía Tipográfica.
1839.

Advertencia.

Si, como tantas veces se ha repetido, nada valen las mejores leyes sin el apoyo de las costumbres: si las costumbres se forman lentamente por medio de la educacion; y si la educacion principia desde la cuna misma, no parecerá necesario insistir en la necesidad de que todos contribuyamos, cada cual en la parte que pueda, á un fin tan importante.

Esta consideracion me ha movido á emprender y publicar esta obrilla, no para que sirva de modelo, sino de estímulo, á otros que emprendan tareas semejantes, acomodadas á la capacidad de los niños y adolescentes.

Los mas de los libros destinados á este objeto han solido pecar por demasiado secos y desabridos, en tales términos que se caen de las manos de los que han de manejarlos contínuamente; debiendo procurarse, por el contrario, que tengan la mayor variedad posible, y que ofrezcan algun entretenimiento y agrado, á fin de evitar el cansancio y fastidio, que es achaque tan comun de los pocos años.

Pero lo que mas importa es que, desde las primeras palabras que pronuncien los niños, se empiece á grabar en su ánimo, blando como la cera, el *sentimiento religioso*, basa de la moral y firmísimo fundamento de las sociedades humanas.

Por lo tanto me ha parecido oportuno que este libro principie con una coleccion de máximas, breves y sencillas, de las cuales contenga cada una un precepto ó enseñanza útil, á fin de que sean como el primer caudal que recojan los niños en el fondo de su alma. Cualquiera que reflexione cuantas cosas tiene presentes en su edad madura, que vió ó escuchó quizá cuando apenas podia andar por su pié,

comprenderá la utilidad de empezar desde muy temprano á inculcar á los niños sanas doctrinas, que les sirvan despues de norma, ó cuando menos de recuerdo, y quizá de reconvencion.

Para que se impriman mejor en la memoria, las he puesto en verso, buscando hasta el apoyo de la rima, que dá vigor al pensamiento y como que lo clava en la mente. Tambien he aprovechado la ventaja del metro, incluyendo algunos cantares sencillos, en que puedan ejercitarse los niños, y procurando por este y otros medios que sea mas vária la lectura.

Tales son las razones que me han guiado en la composicion de esta obra: y únicamente debo añadir, como un tributo de justicia, que habiendo manifestado mi propósito á mi amigo el duque de Gor, á quien nunca se acude en vano cuando se trata de hacer bien y de ilustrar al pueblo, se brindó á dibujar algunas láminas y viñetas (que ha grabado con particular cuidado D. Vicente Castelló,) para que la edicion saliese mas esmerada, y cautivar tambien con este aliciente la atencion de los niños.

Si esta obrilla puede contribuir á su ense-

ñanza, mereciendo la aprobacion de padres y maestros y la favorable acogida del público, se habrán satisfecho cumplidamente los deseos del autor, que ha dedicado á esta breve tarea algunos momentos de ocio.

Maximas.

Quien pobló el Cielo de estrellas
Hizo la tierra que huellas.

La flor mas pequeña mira,
Y el poder de Dios admira.

Dios al bravo mar enfrena
Con muro de leve arena.

No hay nada que á Dios resista,
Ni que se esconda á su vista.

Ama á Dios, y ama á tu hermano:
Esta es la ley del cristiano.

La virtud con su ejercicio
Destierra el ocio y el vicio.

Quien cierra al pobre la puerta,
La del Cielo no halla abierta.

De tus hijos solo esperes
Lo que con tu padre hicieres.

La conciencia es á la vez
Testigo, fiscal y juez.

Quien un bien siembra en el suelo,
Ciento recoje en el Cielo.

La envidia lleva consigo
Su torcedor y castigo.

Siempre que puedas, haz bien;
Y no repares á quién.

Una imprudente palabra
Nuestra ruina á veces labra.

Al mirar la luz del dia,
Bendice á Dios que la envia.

Solo inexorable sea
El que sin culpa se crea.

Al juzgar un hecho ageno,
Mete la mano en tu seno.

Sin virtud la ciencia humana
Es caña frágil y vana.

Ese mendigo que vés,
De tu Dios imágen es.

Dios se muestra compasivo
Con quien redime al cautivo.

Virtud que al vicio remeda,
Es como falsa moneda.

Dios al humilde levanta,
Y al fuerte humilla y quebranta.

Sed indulgentes con otros,
Y lo serán con vosotros.

No desprecieis los consejos
De los sábios y los viejos.

Poned en Dios la esperanza,
Que á todos su diestra alcanza.

Veis la virtud abatida;
Mas tambien hay otra vida.

A hombre hablador é indiscreto
No confies tu secreto.

Quien se acostumbra al engaño,
El mismo labra su daño.

La verdad amargar suele;
Mas el mal que evita, duele.

Quien te adula y lisonjea,
Su bien y tu mal desea.

Si un ciego lleva á otro ciego,
En el abismo dan luego.

Quien su bien usurpa al dueño,
No espere tranquilo sueño.

La calumnia y la mentira
De Dios provocan la ira.

Cuando estés dentro del templo,
A todos dá buen ejemplo.

Mal amigo tanto daña,
Cómo á la mies la zizaña.

Quien cuida al ave en el nido,
No abandona al desvalido.

Nunca en vano jure el hombre
De Dios por el santo nombre.

Quien su cólera no enfrena,
Lleva en la culpa la pena.

Si anhelas la paz del alma,
Ten tus pasiones en [illegible]

Si juicio y templanza tienes,
No has menester muchos bienes.

Dá de comer al hambriento,
Y Dios te dará sustento.

Templa al sediento la sed,
Y en Dios hallarás merced.

Quien alberga al peregrino,
Del Cielo encuentra el camino.

Dá apoyo y tiende la mano
Al enfermo y al anciano.

No hallarás un avariento
Que esté tranquilo y contento.

Quien no aprende con los años,
Sufre ama[illegible] engaños.

Nunca trates con desprecio
Ni aun al que tengas por necio.

La razon, aunque severa,
Es amiga verdadera.

La virtud es un tesoro
Mas duradero que el oro.

Propio es del justo y del sábio
El perdonar un agravio.

Ama á tu patria y tu Rey,
Y sé obediente á la ley.

Al sueño nunca te entregues
Sin que por tus padres ruegues.

Tus méritos nunca abultes,
Ni al que es inferior insultes.

No te pida el pobre en vano;
Que al fin es hombre y tu hermano.

Venera á los rectos jueces,
Que de Dios hacen las veces.

Si el ocio te causa tedio,
El trabajo es buen remedio.

El que á otro ofende en su honra,
A sí propio se deshonra.

Si de Dios perdon deseas,
Nunca vengativo seas.

En caso de duda, abstente:
Eso hace el hombre prudente.

La modestia mas resalta,
En quien confiesa su falta.

No hagas de tu fuerza alarde,
Y pide á Dios que te guarde.

Al maestro reverencia,
Y aprovecha su esperiencia.

Pobres, ó ricos, iguales,
Son ante Dios los mortales.

Si vas á obrar mal, advierte
Que caminas á la muerte.

Si es bueno y dócil un niño,
De todos gana el cariño.

El niño curioso y necio,
Causa fastidio y desprecio.

El ingrato á un beneficio,
No hallará al C[illegible]picio.

En boca del men[illegible]oso,
Lo cierto se hace dudoso,

No uses palabras soeces,
Que á tí propio te envileces.

Quien maltrata á un animal,
No muestra buen natural.

El que tus faltas reprende,
A tu bien futuro atiende.

El aseo en la persona,
Muchos bienes proporciona.

La *envidia* al hombre atormenta,
Mas la *emulacion* le alienta.

Dios con su bondad asiste,
A quien al desnudo viste.

Da al aflijido consuelo,
Y lo hallarás en el Cielo.

Quien te envanece y te engrie,
De tu necedad se rie.

Buen porte y nobles modales,
Abren puertas principales.

La gloria que el malo ostenta,
No es corona, sino afrenta.

Los delitos aborrece,
Y al culpable compadece.

Sigue á la sana razon,
Mas que á la vana opinion.

Quien un mal hábito adquiere,
Esclavo de él vive y muere.

ISAAC.





Muy aflijido va subiendo por el monte *Mória* aquel anciano, abrumado con el peso de los años, y aun mas todavia con el de alguna grave desventura. Lástima da verle, respirando trabajosamente, y conteniendo las lágrimas que quieren brotar de sus ojos.

No así aquel mancebo, que tranquilo le va siguiendo por la cuesta arriba; llevando un hacesillo de leña sobre los hombros, y mirando de cuando en cuando al anciano, como pendiente de su voluntad.

Mas yendo ya á mitad de la cuesta, se vuelve respetuoso y le dice: "¿ Sa-

beis lo que advierto, padre mio? que nos falta lo principal: la víctima para el sacrificio."

A lo cual contestó meramente el anciano: "Sigue, hijo, sigue; que Dios proveerá!"—No replicó el mancebo, ni volvió á despegar los labios; tanta era la veneracion que á su padre tenia: y cuando hubieron llegado á la cumbre del monte, le vió silencioso reunir piedras para formar un ara, y aun le ayudó con sus propias manos, colocando encima el hacesillo de leña, para consumar el sacrificio. "Tú eres, hijo, la víctima designada por Dios." Esto dijo el anciano, arrancándosele el alma al pronunciar aquellas palabras; pero sin dar señales de su pena, por no afligir á su hijo, que escuchó el man-

dato divino con piadosa resignacion, diciendo con tono sumiso: "Cúmplase la voluntad de Dios." Y sin vacilar siquiera, se encaminó él propio al ara, hincóse de rodillas, y presentando á su padre las manos para que se las atase, inclinó la cabeza, como para recibir el golpe mortal.

Ya tenia el anciano alzada la cuchilla, y se disponia á descargarla sobre el cuello de su único hijo, objeto de tantas esperanzas, cuando se apareció entre las nubes un Angel del Cielo, y dijo de esta suerte al aflijido padre: "Deten el brazo, Abraham, no mates á tu hijo Isaac; que Dios se dá por satisfecho con tu fé y obediencia."

Cayó en tierra el buen viejo, bañado el rostro en lágrimas, y deshe-

cho el corazon en agradecimiento y amor al Dios de sus mayores; y abrazando á su hijo, como si le hubiese visto ya muerto y le hallase resucitado, divisó allí cerca un cordero, mas blanco que la nieve, que se habia enredado en unos zarzales; y llevándolo entre los dos al ara, celebraron el sacrificio, y subió el humo ondeando por los aires, bajando como un abundante rocío la bendicion del Cielo.

Sus promesas no podian faltar: de la tribu de Abraham y de Jacob habia de nacer el Hijo de Dios.

Moyses.

Por la corriente abajo del caudaloso Nilo va flotando una cuna de juncos, unidos con un betun espeso, para que no penetren las aguas. . . ¿ qué llevará dentro, pues parece labrada con tanto cuidado y esmero? Esta curiosidad se despertó en el ánimo de la princesa Termútis, hija de Faraon, rey de Egipto, al ir una tarde á bañarse en las aguas de aquel rio. Crecia el afan de la princesa; al

ver sobrenadar la cuna en medio de las ondas, formando al rededor un círculo de espumas, como pudiera un cisne; y deseando salir cuanto antes de incertidumbre, ordenó á sus doncellas que le trajesen aquel cesto, á tiempo que se hallaba detenido en un remanso. Hiciéronlo en efecto: y apenas alzaron la cubierta, se vió dentro un niño recien nacido y hermoso como un sol, tan quieto y sosegado cual si estuviera durmiendo en el regazo de su madre.

Grandísimo gozo y contento sintió la princesa, al encontrarse de improviso con aquel hallazgo; y llevada del impulso de su buen corazon, empezó á preguntar qué haria con aquel tierno niño, para conservarle la vida, ya que por tan estraordinario acaso se hallaba

sano y salvo. Oyólo una muchacha que allí cerca se hallaba, y que habia seguido la cuna con la vista y el alma, hasta ver ya seguro el tesoro que contenia; y habiendo manifestado á la princesa que ella conocia una muger que podria encargarse de criar al niño, convino en ello Termútis, y fué corriendo la muchacha á llamar á su propia madre, quien la recibió con los brazos abiertos, al ver lo bien que habia desempeñado su encargo.

Acudió sin tardanza Jocabed (que así se llamaba,) como que venia con el ansia de madre, deseando alimentar con leche de sus pechos al hijo de sus entrañas; y acogiéndola benignamente la princesa, la llevó á su casa, donde con sumo esmero se crió el niño y fué creciendo en años, has-

ta que abandonó el regalo y la pompa del palacio, y prefirió ir á apacentar un rebaño en la tierra de Madian, por no vivir entre idólatras, perseguidores y verdugos del pueblo de Israel.

Quedóle el nombre de Moysés, *el libertado de las aguas*, en memoria de aquel prodigioso suceso; y andando el tiempo, llegó á ser caudillo y legislador de los hebréos, encargándole el mismo Dios salvar á su pueblo de la esclavitud de los egipcios y conducirle á la tierra de promision.

Arrastrado por el ódio que á aquella nacion profesaba, habia agotado Faraon todos los recursos de su crueldad; llegando esta al punto de mandar ahogar, al tiempo mismo de nacer, á todos los hijos varones de los

Israelitas; pero la Providencia divina, que velaba en su guarda, supo dor tan estraordinarios medios dejar burlados los designios de la iniquidad; y en la cuna de endebles juncos, que mecian las aguas del Nilo, se salvaron las esperanzas del pueblo de Dios.



Cancion.

I.

A Dios piadoso
Debí el nacer:
El me dió padres
Para mi bien;
Me da alimento,
Templa mi sed....

CORO.

Buenos seamos;
Que Dios nos vé!

II.

Dios hizo el Cielo
Con su poder;
Hizo la tierra,
Y el mar tambien;
El sol y estrellas,
Brillan por él....

CORO.

Buenos seamos;
Que Dios nos vé!

III.

Si el desvalido
Pide merced,
Si al triste aflije
Suerte cruel,

Ese que llora
Tu hermano es....

Coro.

Buenos seamos;
Que Dios nos vé!

IV.

No al malo envidies,
Aunque tal vez
Impune ostente
Gloria y poder;
Que allá en el Cielo
Hay otro juez....

Coro.

Buenos seamos;
Que Dios nos vé!

V.

Dios el camino
Muestra del bien,
Y un Angel guia
Mi débil pié:
El es mi escudo,
El mi sosten....

CORO.

Buenos seamos;
Que Dios nos vé!

VI.

Al sueño nunca
Me entregaré,
Nunca á la aurora
Veré nacer,

Sin bendecirte,
Dios de Israel....

CORO.

Buenos seamos;
Que Dios nos vé!





FABULA.

El topo y el gusano de luz.

Por una estrecha hendidura
Sacó la cabeza un topo,
Con poca carne en los huesos
Y mucha piel en los ojos :
No sabe si es noche ó dia ;
Pero siente en el contorno
A un gusanillo de luz,
Y le dice de este modo ;

" Ufano puedes estar,
Tamaño como un gorgojo
Llevando en parte vedada,
La linterna por adorno:
Ya la muestras, ya la ocultas,
Tan altivo y orgulloso
Como fanal que en la torre
Enseña el puero al piloto."
"No tal (contestó el gusano.)
Que mi pequeñez conozco;
Mas á ninguno hago daño,
Y algun bien procuro à otros:
Doy luz, oculto en la yerba,
Sobre las plantas me poso,
Y los insectos acuden
A guarecerse en su tronco:
Ni destruyo las raices,
Ni las semillas me como,
Ni por temor á los hombres
Bajo la tierra me escondo."

Esto dijo el gusanillo;
Y lo dijo con tal tono,
Que el dañino animalejo
Quedó aun mas ciego de enojo:
Fué á replicar y no pudo,
Sintió encendérsele el rostro,
Y murmurando entre dientes,
Metióse dentro de un hoyo.

Así en el mundo sucede:
Que los mas torpes y tontos
Al que brilla poco ó mucho
Le zahieren envidiosos.





EL PASTORCILLO

y

EL PERRO.





En la sierra de Guadalupe vivia un ganadero, ya anciano, que habia perdido la mayor parte de sus bienes á causa de la guerra, en términos que solo le quedaba un corto rebaño, para mantenerse él y su familia. Habia encargado su guarda á un muchacho de diez á doce años, hijo suyo y á quien como tal amaba muy entrañablemente; si bien aquel rapaz tenia el genio díscolo, y solia no escuchar los consejos y advertencias de su padre con la docilidad y respeto que debiera.

Una de las cosas que mas le atormentaban, aunque en sí muy peque-

ña, era que le hubiesen dado por compañero y vigilante un perro de ganado, nacido y criado en la casa, á quien todos los pastores de aquellos contornos conocian y acariciaban, porque realmente merecía el nombre de *leal.*

Solo el pastorcillo le miraba con malos ojos, y al menor descuido ó falta, le daba golpes con el cayado; mostrándose el animal tan humilde y sumiso, que lejos de volverse contra el dueño, se echaba en el suelo y meneaba la cola, como para desenojarle, y á veces lamia la mano que le habia castigado. "¿Para qué quiero yo este estorbo? (decia á sus solas el muchacho:) yo solo bastaria para guardar el ganado, y para traer sobre mis hombros alguna oveja que se des-

carriase; en vez que este torpe mastin anda y desanda cien veces el camino, y con sus vueltas y revueltas me cansa y me marea. Ni tiene siquiera la gracia y viveza de otros, que saltan y hacen mil habilidades, para diversion y entretenimiento de sus amos: durante horas enteras está echado á mis pies; y no parece sino que mi padre le ha dicho al oido que no me pierda ni un instante de vista. No: pues en llegando yo á ser grande, con la mayor gracia del mundo le pongo á la puerta, y que vaya á buscar refugio á la porteria del convento."

Mas de una vez habia tenido aquel muchacho esta plática consigo mismo; y de tal suerte manifestaba en su rostro lo que pasaba dentro de su

corazon, que no parecia sino que el buen *leal* le adivinaba los pensamientos, y se quedaba mirándole de hito en hito, inquieto y pesaroso. Mas aconteció un dia, en el mes de agosto por cierto, que estando sesteando el ganado, y el zagal desapercibido, apareció de repente una loba, que tenia atemorizada la comarca con sus muchos estragos. No se sabe si venia acosada del hambre, ó perseguida por los cazadores; pero lo cierto de ello es que daba tales ahullidos, como cuando pocos dias antes le quitaron sus cachorros; y apenas la sintió el ganado, se desparramó por el monte, habiendo algunas ovejas tan tímidas y azoradas que se despeñaron por un tajo.

El terror del pastorcillo fué tal,

que se quedó como si fuese de piedra, sin poder moverse ni gritar siquiera; porque el miedo le embargó la voz y el sentido, hasta el punto de caer desmayado y poco menos que muerto. Mas no asi *leal*; quien asi que divisó á la rabiosa fiera, en vez de acobardarse, empezó á ladrar con tanta furia que atronaba el monte; colocándose delante de su amo, como pudiera hacerlo un padre en defensa de un hijo. La fortuna de ambos fué que la hambienta loba pasó como un relámpago junto á ellos, en seguimiento de una oveja; dando al paso un mordisco, que hizo al pobre *leal* una herida en el lomo.

A pesar del dolor vivísimo, no por eso dejó de ladrar y de querer embestir á la fiera; y apenas la vió lejos,

volvióse cariñoso al muchacho, y empezó á acariciarle con tales demostraciones, como si quisiera con ellas restituirle la vida. En este afan permaneció durante algun tiempo, dando de vez en cuando unos quejidos como una persona que está muy apesadumbrada; mas viendo que sus conatos eran inútiles y que el chico no volvia en sí, quedóse suspenso, como dudando de lo que habia de hacer; hasta que, guiado por una especie de instinto, echó á correr por aquellos montes, y llegó jadeando á la cabaña, en que vivia á la sazon su amo. Halló la puerta cerrada; y empezó á moverla con impaciencia, dando en ella golpes con las manos, como una persona que llama con necesidad de socorro.

Abrió la puerta el anciano; y se le cayeron las alas del corazon, al ver á *leal* tan fatigado y brotando sangre de la reciente herida. Lo primero que se le ocurrió fué si habria muerto su hijo; y daba pena ver al afligido viejo, acariciando al perro y queriendo preguntarle qué habia hecho del tesoro que le confió. No pudiendo permanecer en tan congojosa incertidumbre, salió el buen padre en busca de su hijo; y *lèal* le iba guiando por aquellas rocas y vericuetos, estenuado de cansancio, y sin poder apenas moverse; pero haciendo esfuerzos por alijerar el paso, y volviendo sin cesar la cabeza, para ver si le seguia su amo.

Asi llegaron al paraje en que estaba el muchacho, sin haber recobra-

do todavia el uso de sus sentidos. Abrazóle su padre con la mayor ternura; rocióle despues el rostro con agúa de una fuente, que alli cerca manaba; y dándole á oler unas matas de cantueso y tomillo, fue volviendo en sí el rapaz, cual si saliese de un profundo letargo. Al pronto no sabia ni donde estaba ni lo que le habia sucedido: volvió la vista al rededor en busca del ganado; y solo vió á su padre, que estaba junto á él, y á *leal* echado á sus pies, rendido y casi desangrado.

Al cabo de pocos momentos, por la relacion que el padre le hizo y por lo que él propio recordaba, comprendió el gravísimo riesgo que habia corrido, y que tal vez era deudor de la vida á aquel fiel animal. En el ins-

tante mismo se le vino al pensamiento la mala voluntad con que obedecia los mandatos de su padre, encaminados todos á su provecho, y la ingratitud y mal trato con que habia pagado la vigilancia de *leal*; y sin despegar los labios, pero arrepentido y sonrojado, besó la mano á su padre, como pidiéndole perdon y ofreciendo la enmienda; y despues levantó del suelo á *leal*, empezó á curarle la herida; y dándole palmadas en el cuello, le decia con cariño, cual si él lo comprendiese: "*ya tengo un compañero y un amigo para toda la vida.*"

POESIA.

El zagal y el nido.

"¿ Dónde vas, zagal cruel,
Dónde vas con ese nido,
Riyendo tú mientras pian
Esos tristes pajarillos ?
Su madre los dejó solos
En este momento mismo ;
Para buscarles sustento
Y dárselo con su pico....
Mírala cuán azorada
Echa menos á sus hijos,

Salta de un árbol á otro,
Vá, torna, vuela sin tino:
Al cielo favor demanda
Con acento dolorido;
Mientras ellos en tu mano
Baten el ala al oirlo. . . .
Tú tambien tuviste madre,
Y la perdiste aun muy niño;
Y te encontraste en la tierra
Sin amparo y sin abrigo". . . .
Las lágrimas se le saltan
Al cuitado pastorcillo;
Y vergonzoso y confuso
Deja en el árbol el nido.

EL CONSEJO
de un padre.

Cuando Granada estaba en poder de los moros, (antes de que los echaran de aquella ciudad los Reyes Católicos, coronando con aquel triunfo una guerra contínua de ochocientos años) reinaba allí un monarca, de la familia de Alhamar, el que labró el palacio de la Alhambra, y que habia heredado con la corona de aquel príncipe su valor y prudencia.

Amaba á sus vasallos como un padre, y los gobernaba en paz; oyend

él propio sus quejas, sentado en una de las puertas que dan entrada á aquel alcázar; por lo cual se llamaba entonces, y se llama hoy en dia, *puerta de la justicia.*

A pesar de ser ya viejo, conservaba mucha robustez de alma y de cuerpo; porque vivía con sobriedad y templanza en medio de los placeres de la corte; y cuando no estaba acaudillando sus tropas en la guerra, se ejercitaba en la caza, á la que era muy aficionado.

Mas como al cabo sintiese que se iba acercando la hora de su muerte, y que el reino iba á recaer en su hijo mayor, el cual lejos de obedecer los preceptos de su padre y de seguir su ejemplo, pasaba su mocedad en el ócio y en el deleite, hasta el punto

de parecer débil y achacoso en la flor de sus años, llamó el rey á su hijo segundo Ismail, que mostraba muy buen natural, y reverenciaba como era debido á su padre.

Hallábase este una noche recostado en una alfombra, apoyada la cabeza sobre la mano derecha; y haciendo que su hijo se sentase junto á él, y despues de mirarle unos momentos con ternura y cariño, le dijo de esta suerte: "Ya ves, hijo mio, que se acerca el fin de mi vida; y que esta se va apagando lo mismo que esa luz. Mucho temo que tu hermano (Dios no lo permita!) sea víctima de los vicios que se han apoderado muy temprano de su corazon y le tienen esclavizado; en cuyo caso, no seria cosa estraña que hiciese desgraciados á

sus pueblos, y que corriese él propio mil peligros. Tú, hijo mio, debes amarle como hermano; procurar atraerle á la senda de la virtud con tus exortaciones y ruegos, y aun mas poniéndole delante el espejo de tu conducta; pero sin orgullo ni vanagloria, para no mortificarle y hacerle peor por envidia y despique. Guárdate, sobre todo, de mostrarle el menor deseo de usurpar su corona: ejemplo pernicioso, que han dado muchos de nuestros mayores, y que traerá al fin la perdicion del reino, si Dios no aparta de él tan funesta calamidad. Poco puedo hacer en favor tuyo, aunque te miro, hijo mio, como la prenda de mi alma; pero para darte á lo menos alguna prueba de mi cariño, voy á confiarte un secreto,

que me reveló el sabio Aben Habuz, el que labró la corona real con los granos de oro que trae el Darro entre sus arenas."

"Es tradicion constante, transmitida de padres á hijos, que en la pendiente del monte que media entre la *torre de Comares* y la corriente de aquel rio, hay escondido debajo tierra un tesoro riquísimo, que sepultó allí para mayor seguridad uno de los primeros reyes de Granada. No se sabe precisamente el sitio; pero sí que lo ha de descubrir un príncipe de nuestra familia; y que en apoderándose de él, alcanzará por recompensa un reino. ¡ Cuál seria mi gozo, hijo mio, si llevara al sepulcro la esperanza de que tú habias de poseerlo! Mas has de saber que está

prohibido el buscarlo por manos de cautivos cristianos ó de infelices vasallos; y antes bien el príncipe á quien destina el cielo tan precioso hallazgo, ha de labrar él propio la tierra, regándola con el sudor de su frente. Dios asi lo ha dispuesto."

"Todos los dias, al nacer el alba, ha de bajar al repecho del monte, despues de haber purificado su cuerpo y dado gracias al cielo por dejarle disfrutar la luz del dia; y en seguida empezar á cavar la tierra con buen ánimo, hasta que el mismo cansancio de su cuerpo le anuncie que debe dar fin á la tarea, y emprenderla al dia siguiente en paraje distinto. Pero cuenta con que no desmaye; porque Dios ha destinado el premio al trabajo y á la constancia."

Calló el buen viejo : y dejó caer la barba sobre el pecho, en tanto que su hijo le besaba el borde de la vestidura, en señal de veneracion y respeto; hasta qne, por un movimiento involuntario, se arrojó en brazos de su padre, regándole el rostro con abundantes lágrimas, como si le predijese el corazon que le veia entonces por la última vez de su vida.

Asi sucedió efectivamente: al virtuoso monarca le hallaron muerto á la mañana, con el rostro tan apacible como si continuase durmiendo. Pagáronle abundantemente sus vasallos el mejor tributo para los reyes, que es el amor de los pueblos; y vieron estos con pesar y desconfianza subir al trono á su hijo mayor; temien-

do muchas desdichas de un príncipe tan dado al ócio, y no esperando bien ninguno de quien se habia mostrado deseoso de heredar á su padre.

No asi Ismail, quien le lloró con la mayor amargura y desconsuelo; yendo despues todos los dias al lugar en que estaba sepultado, dentro del palacio mismo, junto al *patio de los leones*; y no hubo una sola vez en qué no se le arrasasen en lágrimas sus ojos, al leer la inscripcion que pusieron sobre el sepulcro, grabada con letras de oro y de vários colores, sobre una losa de mármol blanco de la sierra de Macael.

No olvidó tampoco el príncipe, como que habia sido tan buen hijo, seguir el consejo que le dió su padre, la víspera misma de su muerte; y

en cuanto se lo consintió lo agudo de la pena, bajaba todos los dias, sin faltar ni uno solo, al sitio que le habia designado; quedándose como enagenado y absorto, al ver salir el sol por aquellos montes, que caen á la parte de oriente; los árboles y las plantas cubiertas de rocío, como menudas perlas; y los ruiseñores y calandrias cantando en aquellos espesos bosques, mientras al pié sonaba el sordo murmullo del rio.

En el nombre de Dios, y á la buena memoria de mi padre, decia el príncipe todas las mañanas, al levantar por primera vez la azada, para remover la tierra; y despues de haber trabajado algunas horas, se volvia á su palacio, con el cuerpo ágil y el ánimo tranquilo, como aquel

que está satisfechó de sí mismo por haber cumplido con su obligacion.

Continuó haciendo lo mismo, durante algunas lunas, sin hallar el menor rastro ni vestigio del tesoro que buscaba; pero sin desconfiar por eso en lo mas mínimo: tanta era la fé que tenia en las promesas de su padre. Y cuando un dia estaba ya á punto de dejar la tarea, sintió que el azadon se detenia en un estorbo, cual si fuese una piedra, escarbó mas, y creyó por el color oscuro que era una pizarra; pero habiéndola sacado de debajo de tierra, se cercioró de que era una caja de plomo, y le palpitó el corazon entre el temor y la esperanza. La mano le temblaba al abrirla; no pudiendo concebir como cabria en una caja tan pequeña un

tesoro de mucho precio; aun cuando consistiese en esmeraldas y rubies, amontonados como granos de trigo. La abrió al cabo; y se quedó helado, al hallarla vacia; pero asi que pasó la sorpresa, examinó con atencion el fondo, y vió que entre várias lazadas y flores habia grabados tambien unos caracteres, que se leian distintamente, y solo decian: *mas allá.*

Con este anuncio, que miró el príncipe como un favorable pronóstico, sintió dilatársele el pecho y concibió nuevas esperanzas; sin llegar á perderlas nunca, á pesar de lo que se retardaba el cumplimiento de su deseo. En distintas ocasiones halló siempre el mismo letrero, escrito unas veces en azulejos de mosaicos,

labrados con piedras de diversos colores; y hasta una vez, habiéndose empeñado en arrancar la raiz de un árbol, que estaba muy profunda, vió talladas en la madera misma las propias palabras: *mas allá.*

Entre tanto pasó un año y otro; y como el nuevo monarca, apenas subió al trono, dió rienda suelta á sus pasiones, al cabo de poco tiempo se halló falto de fuerzas, sin poder apenas blandir una lanza ó manejar las riendas de un caballo; en términos que, muy en breve, llegó á ser objeto de menosprecio á los ojos de sus vasallos, que estaban acostumbrados á ver en los reyes de Granada unos protectores en la paz y unos defensores en la guerra.

Tanto fué el estrago que hicieron

en aquel príncipe la molicie y el regalo, que casi perdió la memoria; se oscureció su entendimiento; y le causaba tal tedio y adversion el gobierno del reino, que él propio renunció la corona, y se fué á arrastrar una vida miserable en el *palacio de Generalife.*

A buena dicha tuvieron las principales tribus de Granada verse libres de aquel mal príncipe, que podia causar la ruina del Estado; y reuniéndose los caudillos Abencerrages con otros no menos famosos que encerraba aquella ciudad, aclamaron todos unánimes al príncipe Ismail, y fueron á buscarle cabalmente al sitio mismo en que estaba á la sazon labrando la tierra... La primera noticia que tuvo el príncipe de la suer-

te que le aguardaba, fué escuchar el clamor general que decia: "*El que ha sido buen hijo, tambien ha de ser buen monarca; y el que ha robustecido sus miembros con las fatigas campestres, sabrá resistir las de la guerra para defender su corona*".



Himno a la Virgen.

I.

Desnudo y débil nací:
Un vagido fué mi voz;
Y mis padres me acogieron
En su regazo de amor:
Ellos han sido mi amparo,
Ellos mi esperanza son;
Protégelos, Virgen santa,
Con tu divino favor.

Coro.

Reina del cielo y la tierra,
Válganos tu intercesion;
Pues que madre nuestra eres,
Y tambien madre de Dios.

II.

Acuérdate, Vírgen pura,
Del que en un portal nació,
Del que meciste en tus brazos,
Del que en tu seno durmió;
Acuérdate cuando huias
De horrible persecucion;
Y por tu Niño temblabas,
Al mas ligero rumor......

Coro.

Reina del cielo y la tierra,
Válganos tu intercesion;

Pues que madre nuestra eres,
Y tambien madre de Dios.

III.

Cándido como la nieve
Conserva mi corazon,
Y el alma sencilla y pura,
Libre de vicio y de error:
Como del cielo el rocio,
Caiga en mí tu bendicion;
Y nacerán las virtudes,
Como en el campo là flor.

Coro.

Reina del cielo y la tierra,
Válganos tu intercesion;
Pues que madre nuestra eres,
Y tambien madre de Dios.

IV.

Angeles y Serafines
Te aclaman en dulce son ,
Batiendo alegres las alas
Ante el trono del Señor:
Mas no por eso desoyes
De un débil niño el clamor ;
Que la voz de la inocencia
Propicia siempre te halló.

Coro.

Reina del cielo y la tierra ,
Válganos tu intercesion ;
Pues que madre nuestra eres ,
Y tambien madre de Dios.



LAS ESTACIONES.



La Primavera.

De *primavera* las flores,
A Dios deben sus colores.

La primavera es la primera estacion del año, el cual está dividido en cuatro, y cada una de ellas comprende tres meses. La primavera empieza en el mes de marzo; á tiempo en que los dias son de igual duracion que las noches. Como los dias son ya mas largos, y el sol calienta mas, se deshacen las nieves y los hielos, y se aumentan las aguas de los arroyos y de los rios, que riegan y fertilizan los campos.

Ya empiezan estos á verdear, y en algunas partes está muy crecida la yerba, que sirve de pasto á los ga-

nados, y bastante altas las sementeras, que han de dar alimento al hombre.

Es la primavera la estacion de las flores, que entonces brotan por todas partes, y derraman en los montes y prados un olor muy suave; siendo tantas y tan hermosas las que Dios ha criado, que ni tienen número, ni el poder de todos los monarcas del mundo seria suficiente para hacer una sola, la mas pequeña que pisa el hombre entre la yerba.

Tambien brotan los árboles en dicha estacion, y empiezan á cubrirse de hojas; al paso que las aves vuelan regocijadas, y cantan sus amores con dulcísimos trinos y gorgeos: por manera que no parece sino que, al venir la primavera, el universo se

alegra y se engalana para celebrar á su Criador, que lo saca entonces de la especie de letargo en que yacia, y le da nueva vida.

Bendita, Señor, tu diestra,
Que hizo la tierra y el cielo:
Cuanto se ostenta en el suelo
Tu amor y piedad nos muestra.
Con la lluvia y el rocío,
Crece el arroyo y la fuente;
Baja del monte el torrente;
Corre en los campos el rio.
Nace la yerba en el prado,
Y entre la yerba las flores,
Con sus vistosos colores,
Con su aroma delicado:
Bulle el insecto en la grama;
Trisca en el monte el cordero;
El ruiseñor y el jilgero

Revuelan de rama en rama;
Y el ave, el insecto, el bruto,
Campos, arroyos, y flores,
Todos cantan tus loores,
Y te dan, Señor, tributo.



El Verano.

Dios nos da con franca mano
La mies que dora el verano.

El verano es la segunda estacion del año; y principia á fines del mes de junio, cuando ya los dias son muy largos y las noches mas reducidas. Empieza entonces á sentirse vivamente el calor, que se aumenta despues, y llega á ser molesto durante una parte del verano, llamada propiamente la *canícula.*

De resultas de tener mas fuerza los rayos del sol, y de estar éste mas tiempo sobre el horizonte, sucede que en aquella estacion se sequen muchas fuentes y arroyos, y que por lo comun traigan menos agua los rios.

Por lo tanto los campos presentan

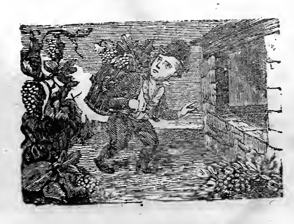
en el verano un aspecto menos frondoso y florido que en la primavera; pero en cambio de esta desventaja, con la fuerza misma del calor maduran los frntos y llegan á sazon las sementeras.

Asi es que el labrador recoge en aquella estacion la principal recompensa de sus afanes: amontonando las haces en sus eras y llenando sus trojes, para atender durante todo el año al sustento de su familia.

Buen ejemplo le dan á su vez las próvidas hormigas; pues las vemos atarearse, guardándo entre ellas admirable órden y concierto, para acarrear el grano y ponerlo á cubierto debajo de tierra, antes que pase la estacion del verano, y las sorprendan los frios y las lluvias.

Bendito séa tu nombre,
Bendita, Señor, tu mano:
Con las mieses del verano
Das vida y sustento al hombre.
Por tí brota la semilla,
Y rompe la dura tierra;
Por tí los granos que encierra
Multiplica á maravilla:
En tí espera el labrador,
Cuando abre el sulco el arado;
Al ver el fruto dorado,
A tí da gracias, Señor.
Tú sus graneros bendices,
Tú su esposa y casto lecho;
Y bajo el rústico techo
Duermen sus hijos felices.





El Otoño.

De *otoño* los frutos cria
Quien la luz del sol envia,



El otoño es la tercera estacion del año: principia á fines de setiembre, cuando los dias vuelven á ser iguales con las noches, lo mismo que al principiar la primavera; pero con la diferencia de que en el otoño los dias son los que van acortándose, al paso que crecen las noches.

Es la estacion de otoño templada y apacible; porque han pasado ya los calores excesivos, y aun no se siente el rigor del frio. Con las primeras lluvias, que recibe con gusto la tierra agostada y seca por los ardores del verano, son mas abundantes los pastos; los árboles ostentan su verdura;

y el campo vuelve á aparecer fresco y lozano.

Muy ricos y abundantes frutos se recogen en esta estacion; porque en ella se celebran las vendimias, para esprimir el mosto de la uva y convertirlo en vino; y poco despues se hace la cosecha del aceite, aprensando la aceituna que dan los frondosos olivos.

Asi es que no hay estacion del año mas alegre y regocijada para los que disfrutan de la vida del campo; siendo tambien muchas y sabrosas las frutas con que el otoño contribuye al regalo del hombre.

Pero todo va mudando insensiblemente de aspecto, á medida que se va concluyendo aquella estacion: los dias son ya demasiado cortos, y el

sol se muestra menos encendido y brillante; empiezan à caerse las hojas de los árboles; y no hay nada mas triste que verlas arremolinadas por el viento, ó pisarlas secas cuando recorremos un bosque. No parece sino que recuerdan al hombre que asi pasan todas las cosas, y muy especialmente su vida.

Al ir ya de vencida el otoño, abandonan las golondrinas y otras aves nuestro hermoso suelo, donde se habian refujiado, huyendo del calor excesivo de Africa; y vuelven á aquel clima, cruzando á bandadas el mar. Su instinto las trajo, y su propio instinto las lleva: hasta en las cosas mas leves hay que admirar la mano de la Providencia.

Tu mano la lluvia vierte
Sobre la tierra abrasada;
Y á tu voz, regocijada
En un vergel se convierte:
Sacude el polvo la yerba;
Sacúdelo el bosque umbrio;
Y las gotas de rocio
Cual leves perlas conserva.
En espumosos raudales
La vid su jugo derrama;
Y el peso inclina la rama
De los árboles frutales.
Ya mas tarde por oriente
Nace el sol con lento paso;
Y mas pronto en el ocaso
Va á esconder su roja frente:
La tímida golondrina
Deja ya nuestros hogares;
Y traspasando los mares,
Al Africa se encamina.

Bendito quien hizo el mar;
Bendito quien hizo el viento;
Quien al ave da sustento;
Quien al sol hace brillar:
Bendito el que se recrea
Viendo en el hombre su hechura;
El que formó la luz pura
Con decir: *que la luz séa.*





El Invierno.

Hasta el aterido *invierno*
Muestra el poder del Eterno.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

El invierno es la cuarta y última estacion del año: principia à fines del mes de diciembre, en el punto mismo en que los dias son mas cortos, y las noches larguísimas.

Los bosques se presentan desnudos de hojas, y los prados sin verdura ni flores; pero en esta estacion se labran y se abonan los campos, para que den á su tiempo abundantes mieses y frutos. Dios ha dispuesto, en su infinita sabiduria, que la tierra descanse algun tanto para producir luego mas, y que el hombre la riegue con el sudor de su frente, antes de recojer sus tesoros.

En el invierno son por lo comun mas frecuentes las lluvias que en ninguna otra estacion; por lo cual los arroyos suelen venir crecidos, los rios salir de madre, y correr impetuosos torrentes por los montes y valles, que aparecian secos en el verano.

Como los rayos del sol tienen menos fuerza en invierno, al paso que el cielo suele estar entoldado con nubes y celages, esta estacion es triste y melancólica, aunque no falta de cierta magestad y grandeza, como sucede siempre que se descubre el poder del Altísimo. Pocas cosas hay mas hermosas que los campos cubiertos de nieve; y pocos espectáculos tan sublimes como una tormenta; porque sobrecogido el hombre por

una especie de temor religioso, reconoce su pequeñez, y naturalmente eleva su ánimo á Dios, que dispone del trueno y del rayo.

Pero cuando mas terrible se ostenta en medio de su gloria y poderio, se descubre su infinita piedad y misericordia; convirtiéndose en provecho del hombre lo mismo que parecia encaminado á su daño. Las nieves abrigan las sementeras y fecundan los campos; los vientos purifican el aire, mueven las naves por los espacios del mar, y hasta llevan semillas de plantas y de flores de una region á otra. Las tormentas limpian la atmósfera de vapores pestilenciales, y á veces producen la benéfica lluvia, con que se refresca el ambiente y se fertiliza la tierra.

En medio del rigor del invierno como que se aprecia mas, y se agradece á Dios, disfrutar de un hermoso dia, cuando el sol se muestra radiante, infundiendo calor y vida; asi como no puede menos de admirarse el poder y la bondad del Criador, al contemplar en una noche de enero la apacible luz de la luna, que sigue magestuosamente su curso por un cielo sembrado de estrellas.

Yo te descubro, Señor,
Cuando al son del ronco trueno,
Abre la nube su seno
Y arde en vivo resplandor:
Yo te descubro, tendiendo
El íris de la esperanza;
Y en vínculo de alianza
El cielo y la tierra uniendo.

A tu voz el viento brama,
Y mar y tierra conmueve;
A tu voz la blanca nieve
Vida en los campos derrama.
Preso el fugaz arroyuelo,
Presa está la clara fuente;
Mas ya el sol resplandeciente
Rompe sus grillos de hielo:
La densa niebla deshace;
El monte y prado fecunda;
Al mundo de luz inunda,
Y el mundo á su luz renace.
Del invierno en los rigores
El hombre, buen Dios, te implora;
Mas ya tu mano atesora
De abril y mayo las flores.

ESPAÑA.

I.

Su situacion y dominios.

Hàcia un estremo de Europa
Se halla la fértil España,
Por altos montes y mares
En rededor resguardada.
Al norte los Pirinéos

La segregan de la Francia;
Sirviendo sus altas cumbres
De límite y de muralla.
  Dos mares, al mediodia,
Sus costas en torno bañan;
Y un *Estrecho* las divide
De las costas africanas.
  Galicia yace al ocaso,
Al Portugal apegada,
Y el Atlántico es el foso
Que defiende aquellas playas;
  En tanto que por oriente
El Mediterráneo aguarda
A las naves que algun dia
Fueron á Grecia y á Italia.
  No lejos las *Baleares*
Recuerdan su antigua fama,
Por los célebres honderos,
Terribles en las batallas:
  Mientras al estremo opuesto

Descúbrense las *Canarias*,
Como descanso y refugio
En navegaciones largas.
  Por aquella nueva senda
Fueron los hijos de España
A conquistar otro *Mundo*
Con una cruz y una espada.
  Pasaron aquellas glorias,
Con tanta sangre compradas;
Y solo quedan vestigios
De dominacion tan vasta:
  Puerto-rico, que à Colon
Llenó el pecho de esperanza;
Y *Cuba*, fértil en frutos
Que á todos sacan ventaja.
  Tambien en Africa hay restos
De las glorias castellanas;
Y *Ceuta* que del *Estrecho*
Parece guardar la entrada.
  En los climas mas lejanos,

Allá en los mares del Asia,
Aun rige el cetro español
Filipinas y *Marianas*:
De suerte que donde quiera
Se ven las señales claras
De que el sol à todas horas
Tierra española alumbraba.

II.

Rios principales.

Muchos y abundantes rios
Cruzan el hispano suelo;
Llevàndole jugo y vida,
Como las venas al cuerpo.
Los mas ricos y afamados
Son el caudaloso *Ebro*,
Que à la inmortal Zaragoza

Riega sus campos amenos.
Los de Castilla fecunda
Con sus raudales el *Duero*,
Y busca salida al mar
De Portugal por un puerto.
El *Tajo* que pasa al pié
De los muros de Toledo,
Ufano con tantas glorias
Se encamina al propio reino.
Mas no asi *Guadalquivir*,
Que se da por satisfecho
Con que Córdova y Sevilla
Le reconozcan por dueño.

III.

Cordilleras y montes.

Desigual y montuoso
Es el terreno de España;
Y sus mayores llanuras

Las de Castilla y la Mancha.
  Crúzanla en distintos rumbos
Cordilleras y montañas,
Que la abastecen de bosques,
De màrmoles y de aguas.
  Los fragosos *Pirinéos*
La defienden y resguardan,
Desde el mar de Cataluña
Hasta el golfo ce Vizcaya.
  En Aragon el *Moncayo*
Sobre todos se levanta;
Y linde de ambas Castillas
Empínase *Guadarrama.*
  Sierra-Morena famosa
A la Bética da entrada,
Alegrando el corazon
Con su verdura lozana.
  Encierran ricos metales
Los montes de la *Alpujarra;*
Mientras el Darro y Genil

Nacen en *Sierra-Nevada.*
  Allí cesó el duro imperio
De las lunas africanas,
Y se tremoló la cruz
En las torres de la Alhambra;
  Tras ocho siglos de guerra,
Desde la primera hazaña,
Cuando en los *montes de Asturias*
Sacó Pelayo la espada.

IV.

Feracidad de su suelo.

  Con franca y liberal mano
Ha tratado á España el cielo,
Derramando en ella dones
Que repartió en otros reinos.
  Clima templado y suave,
Ni muy rígido el invierno;

Ni el verano tan ardiente
Que quite fuerzas y aliento.
Puro el aire, el sol radiante,
El cielo claro y sereno;
Las corrientes cristalinas,
Fecundo y hermoso el suelo.
Los frutos mas estimados
Juntos los dà su terreno,
Sin tener que ir en su busca
De la tierra à los estremos.
Mieses, plantas, yerbas, flores,
Cubren los campos estensos;
Y mil preciosos metales
La tierra esconde en su seno.
Los montes le dan abrigo;
Los rios frescura y riego;
Y á competencia dos mares
Llenan de naves sus puertos.
Crece el cáñamo en sus campos,
Nace al par el lino tierno;

Da rica seda el gusano,
Blando vellon el cordero:
  Al algodon en los prados
Cual copos de nieve vemos;
Mientras la caña se mece,
Su dulce jugo ofreciendo.
  Y pues de bienes y dones
A España ha colmado el cielo,
A tanta bondad de Dios
Yngratos no nos mostremos.







